

la Barceloneta

El inicio del surf en la ciudad
— entrevista a Ricard Navarro



Barcelona no es Hawái. Tampoco el atlántico.
Pero desde hace décadas, cuando el mar lo permite, hay quien entra al agua con una tabla bajo el brazo. En plena ciudad europea, el surf ha encontrado su espacio.

La Barceloneta, a pocos minutos de cualquier punto de la ciudad, ha sido uno de los primeros escenarios donde el surf urbano, irregular y persistente ha echado raíces. Un lugar donde las olas no están garantizadas, pero donde la relación entre ciudad y mar ha dado lugar a una cultura propia.



La llegada del surf a Barcelona (años 80-90)

El surf empieza a aparecer en Barcelona de forma esporádica a finales de los años ochenta y principios de los noventa. No llega como un fenómeno masivo ni organizado, sino como una práctica importada por viajeros, curiosos y amantes del mar que regresaban del Atlántico con tablas y referencias nuevas.

“Nuestro surf inicial fue con tablas de windsurf”, recuerda Ricard. “No había material específico, ni escuelas, ni nada. Aprovechábamos lo que había en el club”.

La Barceloneta, por su accesibilidad y por ser la playa más cercana al núcleo urbano, se convierte rápidamente en uno de los primeros puntos donde se empieza a entrar al agua cuando hay condiciones. Este tramo del litoral fue uno de los primeros spots practicados de manera relativamente regular en Cataluña, a pesar de la escasez de olas consistentes.

Los primeros surfistas

No existe un registro oficial de pioneros. Los primeros surfers en la Barceloneta no formaban una comunidad estructurada ni respondían a una escena organizada. Eran pocos, dispersos y, en muchos casos, observados con extrañeza.

“Cuando decías que hacías surf, la gente no sabía ni de qué hablabas”, explica Ricard. “Barcelona estaba de espaldas al mar. La Barceloneta no era un sitio por donde pasear”.

Jóvenes locales, extranjeros residentes o personas que habían descubierto el surf fuera y buscaban replicar esa experiencia en casa. En una época sin previsiones meteorológicas accesibles ni redes sociales, el surf dependía de la intuición, la observación y muchas horas mirando el horizonte.

La transformación del litoral

La consolidación del surf en la Barceloneta coincide con la gran transformación del litoral de Barcelona, especialmente a partir de los Juegos Olímpicos de 1992. La ciudad se abre definitivamente al mar, se regeneran playas y se reorganiza el frente marítimo.

“Después de las obras, la gente empezó a pasear por zonas donde antes no iba nadie”. “Nos veían entrar al agua y poco a poco el surf dejó de ser algo extraño”.

Este nuevo paisaje facilita el acceso, pero también redefine los usos del espacio. El surf aparece como una práctica más dentro de un litoral cada vez más compartido, donde conviven deporte, ocio, turismo y vida urbana.

Una práctica marginal

Durante años, el surf fue una actividad marginal en la Barceloneta. Sin infraestructuras, sin reconocimiento institucional y sin un público amplio, los surfers eran una minoría que aprovechaba ventanas muy concretas de condiciones favorables.

No había escuelas ni tiendas especializadas. El surf existía, pero lo hacía en los márgenes.

“Íbamos a la brava. Podías pasarte una semana entera sin olas y no pasaba nada”. “Era parte del juego”.



Imagen de Sam Zucker

Crecimiento del surf en la ciudad

Con el paso de los años, el surf deja de ser una rareza. A partir de los 2000, y especialmente en la última década, la práctica crece de forma notable en la ciudad. El mejor acceso a material, la aparición de internet y la difusión de una cultura global del surf contribuyen a su expansión.

“El gran cambio fue cuando empezamos a tener previsiones y a ver vídeos”, apunta Ricard. “Eso lo cambió todo”.

La Barceloneta sigue siendo un punto de referencia simbólico, aunque ya no es el único lugar donde se surfea.

Aparición de escuelas y tiendas de surf

El aumento del interés impulsa la aparición de escuelas de surf, tiendas especializadas y servicios vinculados a la práctica. Estas estructuras profesionalizan el acceso al surf y lo hacen más visible para un público amplio, incluidos turistas y personas que se inician por primera vez.

El surf deja de ser exclusivamente autodidacta y empieza a formar parte del ecosistema deportivo y cultural de la ciudad.

Impacto del turismo y cambios en el uso de la playa

El turismo transforma profundamente la Barceloneta. La playa se convierte en un espacio intensamente utilizado durante todo el año, especialmente en verano. Esta presión modifica la convivencia entre usos y limita las ventanas reales para la práctica del surf.

“Ahora hay mucha más gente en el agua”. “Antes entrabas solo. Ahora tienes que elegir muy bien el momento”.

La playa ya no es solo un lugar de baño o paseo. Es gimnasio, pista deportiva, escenario cultural y, también, spot de surf. Esta superposición de usos obliga a los surfers a adaptarse constantemente.

El surf deja de ser invisible y pasa a convivir con la ciudad.



Imagen de Vibrant

Desplazamiento a otras playas

Hoy, la Barceloneta es uno de los espacios más saturados de Barcelona. Esta realidad condiciona de forma directa la práctica del surf, que encuentra cada vez más dificultades para desarrollarse con continuidad en este punto concreto.

La alta afluencia de bañistas, deportistas, turistas y actividades diversas reduce las ventanas reales para entrar al agua. El surf queda relegado a momentos muy específicos: días laborables, primeras horas de la mañana o fuera de la temporada alta.

“Antes entrabas solo. Ahora tienes que elegir muy bien cuándo y dónde”, explica Ricard. “La ola sigue estando, pero el contexto ha cambiado”.

Como consecuencia de esta saturación, muchos surfers se desplazan hacia otras playas del litoral barcelonés cuando las condiciones lo permiten. Bogatell, Mar Bella, Nova Icaria o incluso zonas más alejadas se convierten en alternativas habituales.

El surf en Barcelona deja de concentrarse en un solo punto y pasa a moverse siguiendo dos factores clave: el oleaje y la masificación. No se trata solo de encontrar olas, sino de encontrar espacio.

Este desplazamiento también genera nuevas dinámicas y microcomunidades, adaptadas a cada tramo de playa y a sus particularidades.

Más que un único lugar fijo, el surf en Barcelona funciona hoy como una red de spots urbanos. La ciudad ofrece diferentes picos, diferentes fondos y diferentes condiciones, repartidos a lo largo del litoral.

“El surf aquí es moverse”, resume Ricard. “Esperar, mirar y entrar cuando toca”.

Esta lógica obliga a los surfers a desarrollar una lectura constante del entorno: conocer cómo responde cada playa, cómo afecta el viento, qué horarios son viables y cómo convivir con otros usos del espacio. Hoy, el surf en Barcelona no es un punto fijo, sino una práctica móvil. Una forma de relación con el mar que se adapta a la ciudad, a sus límites y a su ritmo.

